

CUENTOS

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Carlos Castán, *Cuentos*
Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-8393-286-5
Depósito legal: M-24584-2020
IBIC: FYB

© Carlos Castán, 2020
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2020

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

**CUENTOS
CARLOS
CASTÁN**



ÍNDICE

<i>De un tiempo de tormentas</i>	9
--	---

FRÍO DE VIVIR

El andén de nieve	27
La reina de los ríos	37
La tía Aurora	47
El genio de los torpes	59
Una historia barata	67
Un día resbaladizo	71
Una cosa es que haga frío	75
La vida por delante	87
Servicio de socorro	95
La amarga memoria	103
La forma de mi deseo	111
Los sueños desordenados	121
Alternativa	133
<i>La petite bouffe</i>	139
El huérfano	145

MUSEO DE LA SOLEDAD

Viaje de regreso	159
Casi marino	169
Muchas veces, querida Laura	183
Con sangre entra	197
Cenizas en los labios	205

CUENTOS

Las rosas de la noche	219
Silencio tan de Silvia	235
La chica de los buenos tiempos	243
El aroma de lo oscuro	269
Ola de frío	289
De la suerte y de las cosas	297
Trozos de un álbum roto	311

SOLO DE LO PERDIDO

Las visitas	325
No es nada	337
El aire que me espía	345
Mata un desdén	359
El pozo	367
La baba y el carmín	375
La falta de aire	389
Ciudad	397
Coda	403
Una isla	405
Escuela de la muerte	411
Todo tan secreto	417
El acomodador	419
La buena suerte	423
A veces un fognazo	425
Como las zorras aman la noche	429
La posada de los cuatro jorobados	439
La noche y el verano	445
Hasta siempre	457

POLVO EN EL NEÓN

Polvo en el neón	469
----------------------------	-----

DE UN TIEMPO DE TORMENTAS

Acercarme hoy a estos cuentos es como cuando en el Rastro encontramos por azar uno de esos álbumes de cromos que coleccionábamos de niños. Lo que nos conmueve al pasar las páginas siempre a punto de desencuadernarse no es que esos cromos sean más bonitos o más feos, sino el simple hecho de que sean *ellos*, los mismos, y estén ahí, apenas un poco descoloridos, José Eulogio Gárate y el tiburón martillo, la metralleta MG 42 con retroceso corto o Gengis Kan a caballo sobre una estepa amarilla. Parece increíble que no hayan cambiado igual que ha sucedido con todo lo demás o incluso desaparecido como presagiaba el «Nocturno» de Alberti: *qué dolor de papeles que ha de barrer el viento / qué tristeza de tinta que ha de borrar el agua*. Y vuelve con ellos una mirada sobre las cosas que uno creía librada ya a la niebla, un montón de tardes sumergidas en el vapor del olvido recobran algo de la consistencia que tuvieron gracias a esas viejas estampas que décadas después, por increíble que parezca, siguen oliendo a chocolate, o mejor dicho, siguen oliendo al olor del chocolate en los dedos y en el papel de plata, a goma

arábiga y a la palabra merienda; regresa el camino del colegio a casa tal como era, con sus talleres y su lluvia y sus escaparates, aquellas mercerías, las farolas oxidadas, el quiosco donde cambiábamos los tebeos. Han seguido siendo los mismos durante años en el cajón de un dormitorio de una casa cerrada, y luego de aquí para allá, de almacén en almacén, a oscuras, totalmente a oscuras, como pasa la vida entera el corazón de cualquiera. Para mí no deja de ser siniestra la experiencia de volver a leer ahora lo que escribió alguien que lleva mi nombre pero que ya no soy yo. Tengo mis más y mis menos con ese alguien al que a veces rememoro de modo muy vago y otras, en cambio, con una nitidez tan cruda y repentina que sobresalta como un chillido, y cuyas viejas letras me llevan, con demasiada facilidad, del sonrojo a la melancolía y de la complacencia al espanto. No voy a intentar justificar ni analizar mis propios cuentos, algunos de los cuales apenas recordaba. En todo caso, deberían explicarme ellos a mí.

Existe el dato objetivo, atendiendo a las fechas de las publicaciones, de que he sido un autor intermitente, con largos periodos de silencio entre un libro y otro. Eso no es discutible, pero me gustaría aportar el pequeño matiz de que mi vida de escritor no comienza con la edición de *Frío de vivir* en 1997, sino que se inaugura muchísimo antes, precisamente con una de esas larguísimas etapas de silencio, de cuaderno interior, en la que puede decirse que viví buscando las palabras.

Quizás lo primero de todo fueran las tormentas. En el penúltimo año de instituto murió Franco y yo volví a enamorarme por primera vez de una chica que se sentaba en

la segunda fila a la izquierda, al lado de la ventana y que aprovechaba cada rato muerto para leer libros en cuyas páginas quise estar, de la manera que fuese, para que ella no tuviera más remedio que mirarme. Quise ser las palabras que había bajo sus ojos, las historias, aquello tan interesante que la apartaba de mí. Un día seré eso que lees con la cabeza ladeada, seré la tinta, el papel sobre el que derramas tu pelo. He pensado a menudo en esa conjura murmurada entre dientes, en ese manso despecho cuando el amor era apenas un temblor en los labios y una sed, cada vez que me pregunto cómo comenzó todo. A día de hoy, sigo dando por buena la respuesta, aunque ya ni siquiera sé si fue verdad. Mi curso anterior había sido en un internado religioso en Huesca, lleno de soledad y polvo y pasillos helados, y aquel tremendo contraste con un instituto público del Madrid de finales de los setenta fue como una invasión inesperada de chorros de luz: los grafitis de la fachada, las muchachas llenando las aulas, los *penenes* con americana de pana, el césped reluciente a su alrededor, Marita, los primeros conciertos de la Romántica Banda Local, la noche, las pancartas rojas. En pocas semanas había pasado del castigo de un pupitre en la penumbra puesto contra la pared a la hermosura, pongamos por caso, de una calle mojada de Doisneau por la que vagar desolado o de una actriz francesa, vestida de corto, bajándose de un coche. Llegaron justo entonces los primeros libros de Cortázar, de Sábato, de Vargas Llosa, la revista literaria que empezamos a hacer unos cuantos compañeros del instituto, 16 añitos, fanzines y *plaquettes*, noches sin dormir, las hormonas revueltas, el cabello al viento, todo olía a pólvora y a una primavera nerviosa y reluciente. Pero un sauce llorón que todavía hoy derrama sus ramas flácidas sobre el estanque del Parque de

Berlín supo hasta qué punto andaba yo siempre, por decirlo con palabras de Bryce Echenique, «medio perdidamente enamorado», propenso a morir, y, en medio del bullicio, tirando a solo: esa manera esperanzada de sentirse derrotado, ese modo tan trágico de saberse bello y salvaje. Siempre con la idea recurrente: nada me sucede si no encuentro las palabras, si lo que quiera que sea (este miedo ahí dentro, este horror, esta tarde lenta) no lo sé decir.

Y todo vino de golpe, los pósters con la programación del cinestudio Griffith colgados con chinchetas al lado de mi cama, las litronas con mi hermano y otros chicos del barrio sentados en el respaldo de un banco, la librería Aquilea, la cola de los Alphaville, la ansiedad, Antoine Doinel, los miles de cosas que quería entender y no entendía, Catherine Deneuve, las medias de Catherine Deneuve, también sus ojos. El hielo de algunas miradas, la suavidad de un puñal. Es imposible completar una lista siquiera con las referencias básicas, son tan escurridizos los colores en el mapa de las afinidades, tan móviles y difusas sus fronteras: escucho a lo lejos cantar a Raimon, pero también a Marianne Faithfull y Joni Mitchell, y a Dylan y a Cohen, y a Brel, a qué seguir, y al *Polaco* Goyeneche y a mi madre cantando rancheras cuando viajábamos en coche o en las cenas de nochebuena, cuando ya el mantel estaba mojado de champán. Y aparece Borges con sus tigres de oro, como un frágil dios, por los corredores de uno de sus laberintos, y Umbral en su mecedora, muy triste algunas noches, y César Vallejo mirando al infinito, y el otro, y el otro. Si rememorase mañana en vez de hoy, serían otros nombres y diferentes canciones, eso pasa siempre. Quizá hemos llegado a donde estamos por caminos diversos, aunque a